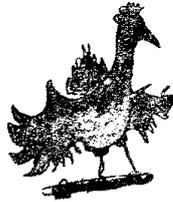


MARIO PAYERAS

# EL MUNDO COMO FLOR Y COMO INVENTO

ILUSTRACIONES  
Jordi Boldó



Joan Boldó i Climent, Editores  
México 1987

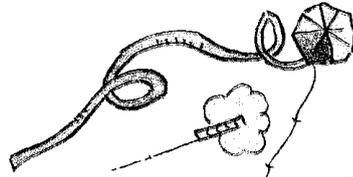
---

---

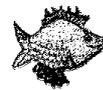
## SUMARIO



- 11 Historia de los dos cartuchos y los dos faisanes
  - 17 Los pájaros de Chilabasún
  - 23 Historia del maestro músico que tardó toda la vida para componer una pieza de marimba
  - 31 Historia del guacamayo que se extravió en la materia
  - 37 Historia del azacúan que derribó el granizo
  - 45 Historia de la boa ratonera que no sintió pasar el tiempo
  - 53 Historia del clarinero sonto al que asustaron unos cohetes de vara
  - 61 Historia de la gaviota del golfo cuyo esqueleto floreció en primavera
  - 71 Historia del chocoyo y de su ruta por los mapas tempranos de febrero
-



*Para Haydée, en recuerdo  
de los días de faisanes tempraneros*



**HISTORIA DE LOS DOS  
CARTUCHOS Y LOS DOS FAISANES**



**E**l mundo amaneció húmedo, y los dos faisanes se levantaron temprano. Formaban una pareja que se había separado del resto de la bandada durante las últimas lluvias torrenciales. El macho era negro, zodiacal, con algo a la vez de flor y de gallo de pelea. Sus patas eran ásperas y terrestres, pero el grano fosfórico que le adornaba el pico, los flecos de la golilla y el copete de crisantemo le otorgaban cierto aire de criatura de circo. La hembra era bermeja, y también parecía disfrazada para un acto de risa. Ambos tenían ojos diáfanos y memoria exacta, pero su vuelo era torpe y no sabían orientarse por las estrellas. Les faltaban los huesos llenos de aire y los timones apropiados para navegar en los vientos mayores de que se hallan dotados los pájaros que emigran.

A diferencia de las especies felices que le hacen guerra a los árboles y desperdician la comida, los faisanes tenían hábitos sigilosos e itinerarios definidos. Hallaban los rumbos de la rosa utilizando como referencia los acontecimientos de las estaciones. De agosto a octubre llevaban viento de cola, si se movían en el mismo sentido de las tormentas tropicales. En febrero y marzo, en cambio, el derrotero dependía de la posición de la luz y del comportamiento de las flores, puesto que todo variaba con los mecanismos de la primavera. Al llegar diciembre, la realidad se tornaba apacible, y el tiempo comenzaba a moverse otra vez hacia Acuario. Entonces se detenían a escuchar en el canto del compañero la verdad de la vida.

Ese día siguieron la dirección de la lluvia. Durante varias horas rascaron concienzudamente entre las hojas, en busca de semillas, hasta que un remoto ruido de motores en el cielo de la selva los hizo levantar la cabeza. Era el avión de las diez que iba para Nueva Orleans. Lo oían pasar todos los días, pero no experimentaban nostalgia de otras latitudes porque en sus mapas sólo estaba marcada la ruta de la muerte. Un instante después habían olvidado. Era la hora en que, invariablemente, iniciaban la rutina astronómica de corregir el rumbo, a partir del reloj de la luz. Moviéndose en el sentido del día llegaron esa vez hasta una vivienda abandonada en la selva. Meses atrás, sus moradores se habían marchado por motivo de los pájaros. La misma tarde que partieron, una boa ratonera se instaló en su lugar y completó el ciclo del olvido. Un calendario de pared con la aritmética de marzo desteñida por la lluvia y un reloj sin agujas, entre los quiebracajetes, era todo lo que quedaba ahí de la sabiduría de los hombres. Los faisanes tropezaban a menudo con aquellos inventos para medir el tiempo, pero no les pro-

vocaban ningún desasosiego porque los caminos de su memoria sólo conducían a las regiones de la vida. Un trecho más allá tenían señalado en el itinerario el arroyo rico en pequeños crustáceos donde solían culminar las mañanas. Sin embargo, un mapache que pescaba en el lugar con el horario adelantado se interpuso esa vez entre ellos y la felicidad. Ambos volaron asustados y se posaron en la rama más alta de un árbol averiado por las migraciones. Era mediodía del primero de octubre.

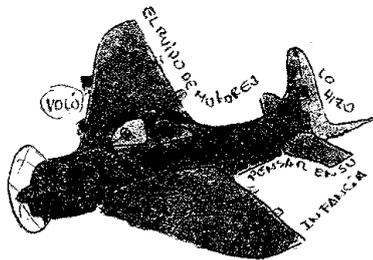
Seis meses antes, en el hemisferio norte, los dos cartuchos de escopeta que habrían de aniquilarlos comenzaron a moverse en dirección de los faisanes. Eran artefactos de pirotecnia espléndida y construcción simple que funcionaban por explosión mecánica. Consistían en cilindros de cartón pintado, rellenos de pólvora y perdigones, provistos de un culote de cobre con fulminante. Habían sido fabricados en abril por la *Nightingale Cartridges Limited*, de Boston, y llegaron despacio a su destino porque hicieron el viaje en los inventos mansos de la época del vapor y de los aeroplanos de pedales. Un carruaje de caballos de alquiler, un viejo ferrocarril cargado de canarios y otros vehículos afortunados los transportaron por la realidad efímera de los cometas de agosto. A mediados de septiembre, un traficante de municiones al por menor compró diez cajas en el almacén *El Globo*, de la 18 calle y novena avenida. Por los días en que florecen los geranios le vendió 25 cartuchos a cierto cazador viejo de las selvas del norte.

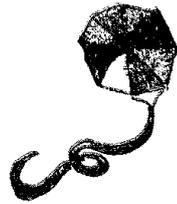
Así fue como Rosalío Acosta salió a cazar esa mañana. Era un gigantón que usaba camisa de franela, pantalones con paletón y hules en las muñecas para afinar el pulso. Tenía un perro llamado Batallón y una escopeta cuache de calibre 12, y había llegado a la vejez desvelado por los asuntos de las mariposas y los números. Antes de salir, quebró el arma y colocó cartuchos nuevos en las recámaras. Al mismo tiempo, el mecanismo de percusión comprimió los resortes de las agujas percutoras. Al cerrar la escopeta, habría bastado con oprimir el gatillo para que brotara por los cañones un relámpago industrial y un trueno semejante a los que anuncian el fin de la primavera. Por eso, previsoramente, corrió el seguro sobre la franja roja que indicaba fuego. Luego, se echó a la espalda un morral con las cosas indispensables y se fue en dirección de la lluvia.

El avión de las diez lo sorprendió cuando se internaba en el bosque, y el ruido de motores perdiéndose en el norte lo hizo pensar en la infancia. Le ocurría lo mismo siempre que cazaba. Ese día

vio de nuevo, como si fuera ayer, las partidas de pizotes y las bandadas de pericas moviéndose en el ámbito sin límites de la Costa Grande. Aquello le trajo a la memoria una imagen familiar. Era la enorme caldera de vapor de un aserrío instalado en la selva que había visto a los ocho años. Trató de rememorar el nombre de las máquinas con que los hombres transportaban las trozas a lo largo de las brechas, pero un rastro reciente de mapache le cortó el hilo de los recuerdos. Era huella de esa mañana, y siguiéndola llegó hasta la casona abandonada en la selva. La construcción florecida por el invierno le recordó la casa donde había crecido entre los alcaravanes. Una vez más lo hizo feliz la certidumbre de que aquellas eran aves exactas como relojes. Se alejó pensando en los inventos afables, y había comenzado a evocar la mañana en que por vez primera había visto el ferrocarril, cuando oyó el aleteo de los faisanes. Sin sentir, le botó el seguro al arma y avanzó con cautela. Eran macho y hembra, y acababan de aterrizar estrepitosamente. En la luz triste de octubre parecían dos personajes extraviados para siempre del paraíso. Con rapidez tendió entonces la escopeta y apuntó a la hembra.

Un minuto antes, los faisanes habían visto cuando el mapache terminó de pescar y se fue por un rumbo de loros. El mecanismo de la vida los apremiaba a volver al suelo, y ambos dejaron la rama donde estaban parados. Pocos instantes después de la maniobra de descenso, el macho oyó ruido y levantó la cabeza. Fue un aviso inútil, porque si bien sus sentidos eran adecuados para orientarse en el espacio de los aguaceros y las lilas, no servían para explicarse el hecho de la pólvora. Por eso lo sorprendió el disparo que derribó a su compañera entre un remolino de plumas y hojarasca. Después, sólo sintió que las entrañas se le llenaban de escoria luminosa y que la realidad se apagaba repentinamente. Trató de volar, mientras un buche de semillas y sangre le subía a la garganta, pero las alas no encontraban resistencia en el aire y no lograban impulsarlo hacia las ramas altas. Aleteó con más fuerza todavía, y al ganar, finalmente, los espacios abiertos, vio que había oscurecido. Frente a él, enorme, abarcando con sus luces el techo del mundo, reconoció el rectángulo de la Osa Mayor. Entonces supo que era diciembre y se sintió feliz definitivamente.





**LOS PÁJAROS DE CHILABASÚN**

---



**T**odos los años, los pájaros vuelven al mundo nublado de Chila-basún. Son especies de paso, provenientes de los rumbos húmedos de la rosa, que se marchan con los días por las rutas que siguen los aviones. Las montañas de Huehuetenango están marcadas en los mapas de las migraciones como puntos propicios para hacer escala en los itinerarios de primavera. También muchas especies de la selva frecuentan por temporadas los ámbitos de la sierra. De diciembre a marzo la realidad es diáfana en las cumbres, y los caminos del aire se tornan apacibles. Esas circunstancias han dado lugar a una antigua industria de los indios, pues las épocas de pájaros coinciden con el tiempo en que escasea el trigo. Los hombres de la aldea ponen entonces trampas en los filos y en las vertientes con viento de los cerros. El recurso más frecuente son las horquetas untadas con resina silvestre, en las cuales quedan atrapadas las variedades que se posan. Otra modalidad son las barreras de paja o de carrizo. A éstas van a estrellarse las bandadas mayores, atraídas por la luz de los fuegos en la niebla. En el horario de las cumbres, la niebla aparece a las tres de la tarde, y los pájaros que provienen del este toman por luz solar la nube iluminada. Muchos ejemplares de especies cosmopolitas y algunos especímenes de vuelo alto resultan aniquilados durante la temporada. En días de captura abundante, el trampero hábil coge hasta un centenar. Por los años de nuestra historia, cada gorrión valía en la plaza un centavo o su equivalente en trigo. Es una guerra inmemorial contra los pájaros que se libra por hambre.

Tratando de explicarse el comportamiento de las migraciones, Mateo Diego atrapó en su juventud un azacúan retrasado. Era un ejemplar de ojos alucinados y estructura de aeronauta, frágil e ingravido como un barrilete. A simple vista se notaba que aquel ser estaba habituado a visitar regiones vedadas de la luz y del aire. Por un momento, Mateo Diego pensó tenerlo en cautiverio hasta el regreso de la migración y establecer así su apego a una posible ley del movimiento de las aves. Sin embargo, temiendo trastornar algún desconocido mecanismo de la vida, optó por dejarlo seguir vuelo. En cambio, le ciñó un anillo metálico a la pata izquierda. Así pensaba distinguirlo del resto de la bandada a la vuelta de un año. Por esa época, Mateo Diego creía que el tiempo humano está calculado generosamente en relación a la riqueza de la realidad cotidiana.

Aquel año, los ladinos de Los Altos iniciaron la construcción de un ferrocarril. Fue una empresa audaz, aunque efímera. Se proponían vencer, mediante la energía artificial, la gravedad terráquea,

en una de las regiones más escarpadas del globo. Los fabricantes de occidente aspiraban a hacer de su ciudad un emporio industrial, donde las máquinas multiplicaran el trabajo de los hombres para beneficio de los propietarios. Textiles, jabón, cerveza y licores de Los Altos habrían de salir al mercado mundial, en un ferrocarril que haría viajes desde las capas limpias de la atmósfera hasta el mar sin gaviotas. Fueron tiempos en que los indios de la tierra fría eran cogidos por centenares y enviados al ferrocarril a trabajos forzados. Mateo Diego corrió esa misma suerte. Era un indio joven que sólo sabía sembrar trigo y atrapar gorriones, y aunque estaba habituado desde niño a los rigores de la intemperie y a las privaciones de la vida en las cumbres, su relación con los factores elementales de la realidad lo incapacitaban para el trabajo en cautiverio. La ingratitud de aquel oficio le lastimó para siempre la vida y los recuerdos. Durante muchos meses, el látigo del capataz y el hielo del páramo le quemaron la piel. Pero su lógica se llenó de alternativas, a fuerza de meditar en la estructura de los números y en el significado de palabras nuevas que lo decían todo en conceptos espléndidos. En noches pletóricas de cometas solía evocar el movimiento de las migraciones. Fue en una ocasión así cuando por vez primera vislumbró la posibilidad de que los caminos de los hombres no coincidieran con los de los pájaros.

Una mañana de enero ocurrió el acontecimiento más grato en los días de Mateo Diego. Su recuerdo feliz, a pesar de otra desilusión que trajo, le quedó en la memoria hasta el final de la vida. Era Día de Reyes, y el mundo había amanecido transparente. El hielo residual de la cumbre multiplicaba la luz, y la realidad parecía de vidrio. Poco antes de las diez, el día se llenó de ruidos. De las tierras calientes, del ámbito remoto de mariposas y loros que se extendía cordillera abajo, hasta la línea del mar, ascendía una locomotora modelo 1910. Su portentosa maquinaria avanzaba despacio, llenando el aire de campanas y alardes industriales. Varias veces pitó largamente con nostalgia del mundo. Era el inolvidable movimiento de la energía y del hierro, en el que cada acontecimiento tenía una explicación y estaba perfectamente regulado. En aquel instante, para Mateo Diego fue evidente que la felicidad podía muy bien ser la suma de sorpresas como ésa; pero, a la vez, en el acto se dio cuenta que los grandes inventos hacen nacer en el interior del hombre una prisa nueva y sin esperanzas. A la ley de la no correspondencia entre las cosas humanas y los asuntos de los pájaros, ahora venía a sumarse la nostalgia moderna por el viaje en los novedosos

artefactos de la locomoción. Sin embargo, cuando quiso subir y saciar con movimiento esa ambición repentina, no le fue permitido, pues el transporte en trenes pasajeros estaba vedado entonces para los indios que tendían las vías.

Mateo Diego nunca supo qué fue del azacuán de septiembre. Sus rutas nunca volvieron a coincidir con el regreso de las migraciones. Los oficios terrestres carecen de calendarios fijos y obligan a los hombres a andar de un sitio a otro. Cuando la migración hacía escala en las montañas de Huehuetenango, Mateo Diego tocaba tambor en un circo ambulante o aserraba marquetas en remotas fábricas de hielo. Doce veces volvió el azacuán a la aldea, hasta que a su propio tiempo le tocó envejecer. La vida de un pájaro no siempre es suficiente para coincidir dos veces con los circunstanciales itinerarios de un mismo hombre. Un día, los órganos del amor que mueven a estas especies a ir de un hemisferio a otro, dejaron de funcionar. Y a Mateo Diego la lógica comenzó a ponerle triste. Aun los recuerdos gratos comenzaron a borrarse. En una desvaída imagen de la memoria veía al azacuán que soltó en la juventud, remotando la capa de la atmósfera donde estallan los cohetes de fiesta y las bombas voladoras. Pero su sabiduría sobre la índole de los pájaros terminaba una vez que éstos ganaban la región de los vientos trasatlánticos. Envejeció sin saber que los azacuanes suelen bajar cada año a comer pescados muertos en las márgenes lluviosas del Usumacinta y que parten hacia el norte cuando el Carro Mayor enciende temprano sus primeras luces. Siempre ignoró que los mecanismos del aire están hechos de chubascos y ecuaciones de violetas, y que las migraciones se marchan en septiembre, guiadas por la exacta relojería del cielo.





**HISTORIA DEL MAESTRO MÚSICO  
QUE TARDÓ TODA LA VIDA  
PARA COMPONER UNA PIEZA  
DE MARIMBA**

---

**P**atrocinio Raxtún llegó a la selva al comenzar a envejecer. Era originario de una región de guardabarrancas y palos voladores, y había dejado aquel mundo porque todos sus bienes materiales consistían en tres naranjales averiados por el tiempo. Sabía tocar marimba desde la niñez; pero las preocupaciones cotidianas por una riqueza expuesta a las vicisitudes de la luz y a la voracidad de las migraciones, no le habían dejado ocasión para la música. Buscando la felicidad, a lo largo de semanas había descendido por la vertiente húmeda de Los Cuchumatanes, hasta internarse en el ruidoso universo de los loros de invierno. Por los días en que cesan las lluvias torrenciales llegó a un poblado antiguo, en las márgenes del Chixoy, donde parecía no haber nadie. La vida transcurría a la sombra de grandes árboles de zapote. Allí habilitó una vivienda abandonada, raspó los horcones florecidos y organizó una economía inaccesible a las leyes mercantiles y a las especies depredadoras del aire. Las manadas de monos que desde la soledad espían las cosas de los hombres, vieron cuando la boa ratonera que hasta entonces había ocupado la vivienda se iba del lugar imperceptiblemente.

En cuanto hubo resuelto sus necesidades materiales, el maestro músico inició la construcción de una marimba. No quería regresar a la soledad sin pájaros de la muerte antes de haber ordenado en el tiempo la matemática triste que lo desvelaba. Sabía que en la selva hay variedades afortunadas de madera que pueden convertirse en instrumentos de percusión, gracias al entendimiento. La fabricación de marimbas se basa en ecuaciones viejas de la memoria que le permiten al hombre volver asunto de la inteligencia el material de que están hechos los quiebracajetes. De ahí que al llegar la época en que los loros aturden temprano la realidad, Patrocinio Raxtún se internó en el bosque, en busca del palo de hormigo. Es ésta una especie sonora que a pesar de su raigambre lluviosa y su vocación de canario, hace revirar el hacha. Dos días le llevó tumbarlo y separar un trozo suficiente para obtener veintiséis teclas, asediado por enjambres de abejas que transformaban en formas dulces de energía la sal del trabajo físico ordinario.

Lo que siguió a continuación fue obra de la intemperie y de los días. El trozo de hormigo desprendió la corteza por sí mismo, asimiló la luz y expulsó de sus tejidos toda posibilidad de florecimientos posteriores. Al golpearla en septiembre con el cabo del hacha, la madera tenía la resonancia de una botella vacía. Entonces el maestro músico colocó el trozo sobre dos trípodes de horcones, y bajo

un cielo de urracas se dedicó a aserrarlo, hasta obtener el tablón de dimensiones y grosor adecuados para el objeto. Luego, siguiendo el hilo de la madera, cortó veintiséis piezas en proporción decreciente, guiándose por un modelo ideal que en el espacio de las cosas tangibles habría de ocupar tres cuartos de brazada. Concluido el oficio grande, se aplicó a la labor de precisión de las teclas. Hay relación exacta entre la edad de la madera y el timbre del sonido que produce; pero esta proporción también depende del volumen de tejido vegetal que por unidad sonora es sometido a percusión. De ahí que con cada pieza resultó necesario desbastar espesores al oído y calcular posiciones de memoria, hasta obtener los equivalentes materiales de una escala medida con el pensamiento. El valor musical de la tecla mayor lo estableció arbitrariamente, tomando como referencia los ruidos grandes de la realidad y reduciéndolos luego a dimensiones cotidianas. Cuando esta primera tecla estuvo lista, el sonido que produjo era semejante al de los goterones de mayo en los tejados de la altiplanicie.

En diciembre calculaba terminar el teclado; pero acontecimientos imprevistos enredaron su proyecto en el tiempo. Los años de contradicciones con tordos y gorriones habían deteriorado el árbol con que su cuerpo se ventilaba por dentro. Cuando trabajaba en la décima tecla comenzaron a dolerle las costillas y a quedarse sin aire. Varios meses permaneció postrado en el camastro, sintiéndose encanecer apresuradamente. Pero la enfermedad desarrolló en sus órganos una nueva forma de sabiduría. Su cuerpo se tornó sensible a los menores cambios de temperatura, y con los huesos adivinaba los horarios del rocío. Con extraordinaria precisión llegó a establecer los itinerarios de la luz en los complejos mapas de la primavera. Cada mañana hacía inventario de las averías que los procesos rutinarios de la materia le habían ocasionado a las teclas concluidas. Cuando el viento comenzó a soplar desde latitudes de ballenas y pelícanos, Patrocinio Raxtún vio que la posibilidad de la música dependía de la resistencia a la descomposición que presentaran sus tejidos y los del palo de hormigo. En mayo, sin embargo, las migraciones de la muerte abandonaron repentinamente el árbol de la vida. Pocos días después trabajaba otra vez en la marimba.

Durante la convalecencia terminó el teclado. Veintiséis piezas espléndidas, atadas en un haz, aguardaban a que una inteligencia musical les diera el orden definitivo que habrían de tener en el reino de los objetos. Con el sigilo de quien se sabe rodeado de factores frágiles y perecederos, el maestro músico procedió a organizar la

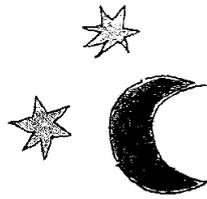
armazón ingravida y paciente que sobre tiras paralelas de tripa habría de soportar el teclado. La dotó de dos patas y de un asiento ensamblado a la estructura, de tal manera que en conjunto recordaba el esquema de una de las bestias ecuatoriales del zodiaco. Desde el invierno anterior, en un área del tapanco fuera del alcance de los pijuyes, tenía apartadas tres docenas de tecomates, recurso utilizado por los músicos antiguos para resolver el problema de la resonancia. Bajo cada tecla dispuso uno de estos recipientes de sonido, en orden determinado según tamaño y propiedad sonora, puesto que las dimensiones de cada cascarón no siempre corresponden a sus virtudes acústicas. Existen cascarones de gran corpulencia y resonancia delicada; y los hay de vozarrón grave, capaces de repetir el retumbo del trueno y el estruendo de la lluvia, cuya configuración no parece hecha a la medida de esos ruidos. De ahí la irregularidad de los sistemas de resonancia en las marimbas elementales. Para sacarle música a aquel artefacto triste hacían falta únicamente baquetas con cabeza de hule, forma tradicional de atenuar la percusión sobre la madera mansa.

Tres años después de haberse instalado en la selva, Patrocinio Raxtún comenzó a tocar. En mañanas de sol colocaba la marimba bajo los palos de pito del patio, y durante algunas horas se dedicaba a explorar el teclado. Vio que iba a ser difícil tratar los delicados asuntos de guardabarrancas y cohetes de caña en un instrumento de resonancias incontrolables, hecho más bien para hablar del bullicio atmosférico que dejan las multitudes de loros en la realidad de los diluvios y las primaveras inmemoriales. Lo que trataba de expresar tenía que ver con los coletazos de barrilete en barrena que describe el Carro Mayor en las noches inmensas de la altiplanicie, con la tristeza de los gallos de hierro en las veletas descompuestas, con los caminos invisibles de los pájaros. Eran cosas simples y exactas que, sin embargo, la madera transformaba en aguaceros. Por eso evitó los sonidos simultáneos y buscó producir notas claras y distintas. Inició la pieza con un acorde lento que detuvo largamente en sol, de tal manera que quien escuchara supiera que iba a hablar de cosas de antes y que se proponía lamentar su ausencia. Luego, tocó un do rápido para tomar impulso y dejar ir después, muy despacio, toda la nostalgia de su efímera peripecia en el tiempo, alternando notas altas y bajas que en su síntesis y combinación evocaban los lucrones de diciembre al alcance de la mano, los geranios de abril, la brevedad de las moras y la alegría fugaz de las jaulas con canarios que llevan por las ferias los adivinadores



ambulantes. Cuando todo esto fue dicho, sin prisa, sin aceleraciones que confundieran unas cosas con otras, lamentándose un poco por lo precario e inasible del tiempo, agregó un trozo breve con la baqueta de la mano izquierda, el cual inició antes de terminar el que estaba tocando con las dos de la derecha. Este hablaba de cosas gratas, aunque pasajeras. Se refería a los bailes ocasionales de moros que se quedan para siempre en la dimensión de los espejos y los patios barridos, celebrando las máscaras de dientes perfectos y sonrisa cruel, los bigotes de oro derretido, la mirada azul y la expresión estática de los cristianos frente a un cielo extranjero de cenizos y palos voladores. Indicó con la música que así había sido siempre; que la felicidad consiste en haber visto y poder recordar, y que en los armarios intactos de la memoria el mundo permanece sin polvo ni mudanza. Después volvió a decir una y otra vez las mismas cosas. Parecía repetir el asunto anterior exactamente; pero en realidad se refería a él desde estados de ánimo distintos. Entonces se dio cuenta de que en el orden y en la sucesión de la música hay mucho de las costumbres de los números; que la música es una matemática de los sentimientos y que para expresar el movimiento de las cosas en el espíritu se hacen necesarios números que fluyan.

Tocando la misma pieza, Patrocinio Raxtún no sintió llegar la vejez definitiva. Cada vez con mayor frecuencia se quedaba dormido bajo los palos de pito del patio. En abril llegó a la conclusión de que toda su música duraría en el tiempo menos que un aguacero. Cuando llegaron otra vez las lluvias entró la marimba y se encerró a pasar el agua. Su cuerpo buscó el camastro y su espíritu permaneció a partir de entonces en la remota realidad de los loros de invierno. El instrumento músico corrió la suerte de los objetos comunes. El interior de la casa se llovió con los días, y por las patas ascendió a la marimba la humedad de la vida. Meses después, la madera brotó retoños nuevos. En octubre, una boa ratonera se instaló en la vivienda.



**HISTORIA DEL GUACAMAYO QUE  
SE EXTRAVIÓ EN LA MATERIA**

---

A los treinta y dos años inició el guacamayo su trayectoria se  
 se abejas. Eran complicados de de listas de la (llas), provis (s) de  
 a través de las unidades... de capturar de aves son ualder uo (que) p (ll)  
 que son ualder uo (que) p (ll) que son ualder uo (que) p (ll)

**DE AHÍ LAS INFINITAS POSIBILIDADES**  
**HISTORIA DEL GUACAMAYO QUE SE EXTRAVIÓ EN LA MATERIA**

ENTONCES ABREN SU BEBIDA GALA ETÍPERA EN EL ESTO  
 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12.

SU CURIOSIDAD NATURAL.

DEBEMOS NUESTROS MAESTROS DE NUESTROS NARANJAS

para las unidades de un (que) p (ll) de un (que) p (ll) de un (que) p (ll)  
 para las unidades de un (que) p (ll) de un (que) p (ll) de un (que) p (ll)



**A** los treinta y dos años inició el guacamayo su trayectoria feliz a través de la materia. Aquel año los tramperos de Rubelolom estaban aniquilando las especies pintadas de la selva. La captura de aves con valor mercantil representaba para los monteadores la única posibilidad de obtener sal, anzuelos, fósforos y pólvora. Al llegar el mes en que el tiempo se llena de abejas, los tramperos habían colocado en las esquinas del bosque sus artificios de ilusión. Eran complicados laberintos de varillas, provistos de mecanismos de alivio, que sorpresivamente transformaban en prisión el espacio. Su construcción se basaba en el cálculo exacto de la diferencia en tiempo que hay entre los hábitos zoológicos de movimiento y la caída libre de los cuerpos. El cebo consistía en el olor de algún fruto prohibido para la especie a esas alturas de evolución del paraíso.

Los guacamayos caían con frecuencia en la trampa del alimento fácil. Hay especies suspicaces que hurtan las carnadas sin arriesgarse a movimientos falsos ni a sorpresas fatales. Son pájaros dotados de reflejos instantáneos, adiestrados admirablemente por la vida para sortear situaciones difíciles y burlar artificios. Los individuos de estas variedades trabajan en concierto, y lo mismo estropean un ámbito de frutas que vacían de cebos las trampas ocasionales. Los guacamayos, en cambio, son aves imprudentes, de hábitos bulliciosos y movimientos torpes. Su mayor felicidad consiste en averiar, llegando en gran número y desorden, las despensas del verano, en ceremonias repentinas, sin sentido ni horario. Su extraordinario sentido de la fidelidad los distingue de las especies inconstantes en el amor y determina algunas de sus costumbres. En soledad son circunspectos y contemplativos; en pareja, sus movimientos cobran ritmo de ritual reiterativo y solícito. Al oscurecer, sus escándalos diurnos se tornan recatada vigilia. Es la hora en que escuchan con extrema atención los aleccionadores ruidos de la selva. En la noche invernal, sobrecogidos de estupor registran una a una la caída de las frutas con que el reloj de la vida marca el transcurso del tiempo. Sus sentidos habituados a las cosas del silencio perciben el sigilio con que las grandes boas revisan al amanecer la consumación de los asuntos cotidianos. Su incertidumbre sobre el curso del destino concluye con la luz. Entonces abren su bengala efímera en el techo del mundo.

Su curiosidad natural por las naranjas indujo al guacamayo a penetrar en la trampa solitaria. Por un túnel sin tropiezos llegó hasta el fruto inexplicable; pero ya no encontró el camino de vuelta. Al revolverse inquieto en el interior, el mecanismo de oclusión

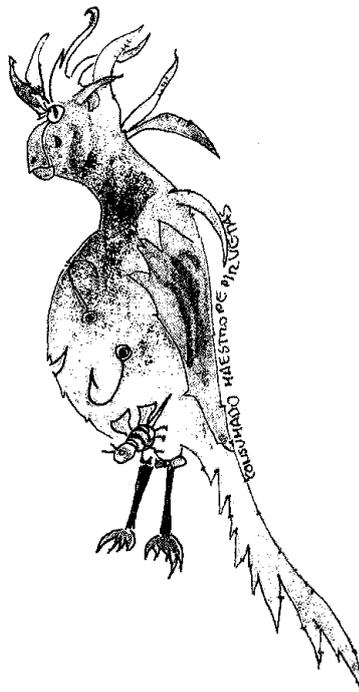
hizo caer la rejilla en la entrada. Arriba oyó largo rato el escándalo de sus compañeros. El resto de la mañana lo empleó en ir y venir por el estrecho recinto, con lógica infatigable. A mediodía se dio cuenta que había quedado excluido para siempre de los caminos del aire. Era un espléndido ejemplar de ojos atónitos y modales de acróbata que con grande bullicio se resistió al cautiverio. Por la tarde, con otros cinco especímenes de jaula fue colocado en un cajón con red y trasladado a la aldea. Algunos días después, los traficantes del río sacaron el cargamento por los caminos de la Alta Verapaz.

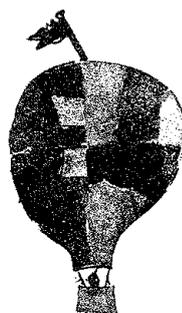
El domingo siguiente fue vendido en la plaza de una ciudad lluviosa. Allí fue atrapado definitivamente por los mecanismos del mercado mundial. En los viejos mapas de la materia que utilizan los pájaros no están registradas las rutas marítimas ni se hallan previstos los inventos mecánicos que el guacamayo utilizó en su viaje al hemisferio nublado. La primavera de 1948 lo encontró en el zoológico de Amberes, bajo un cielo poblado por aerostatos de escuela. Se hallaba en una civilización semejante al mundo artificial de los circos. La jaula donde vivía estaba habitada por pájaros provenientes de todas las latitudes; pero como cada individuo tenía hábitos diferentes, en conjunto no alcanzaban el concierto que en otras circunstancias se logra en un solo árbol. La gran instalación comprendía un trapecio de hierro y un comedero con frutas cosmopolitas. Esa era la dimensión en que a partir de entonces habría de sobrellevar su exilio.

Los domingos se instalaba en el parque una banda de música, y por algunas horas el mundo se llenaba de júbilos cotidianos. Eran días de abundancia y de fiesta que transcurrieron sin prisa en el calendario residual del verano. Sin embargo, al llegar septiembre la luz comenzó a escasear. Los días eran cada vez más breves, y el universo feliz de la jaula no volvió a reinstalarse. Trató de orientarse en la realidad diáfana de octubre; pero sus sentidos estaban sincronizados con un régimen diferente del tiempo y no encontró los puntos de referencia habituales. Lo desconcertaba la mutación otoñal del pelo de los ratones y el grito lastimero de los orangutanes australes. Jamás entendió la ley del forzoso retorno al país natal que aflige en la vejez a los mamíferos superiores reducidos a cautiverio. Al pasar los días, el horario mayor del bullicio y la vigilia se trastornó por completo en su interior. Entonces perdió el rumbo de los acontecimientos. Largas temporadas permanecía inmóvil en el trapecio, indiferente al trópico artificial donde pasó

los meses fríos. En épocas de lucidez trató de reconstruir la lógica de ritos e itinerarios anteriores; pero los mecanismos de su memoria no funcionaron en el espacio convencional a que se hallaba circunscrito. Aquel año confundió con frecuencia el estruendo matinal de los tranvías con el rumor del río donde había transcurrido su primera juventud.

Su fortuna cambió con el retorno de la primavera. Otra vez llegaron días de aeroplanos y geranios que aplacaron su nostalgia del mundo, y con la luz nueva recuperó sus modales de acróbata. La ciencia de la naranja gratuita y los equilibrios en el trapecio de los domingos sustituyeron su reverencia por los asuntos del destino. A la vuelta de un año era un consumado maestro en piruetas ocasionales y rebatiñas escandalosas a la hora del desayuno. Las rutas de la luz y el ciclo de las frutas se borraron de su memoria progresivamente. Aunque el amor le transparentó los huesos cada vez que llegó el tiempo, la hembra que en el universo le correspondía estuvo siempre prisionera de fronteras zoológicas y circunstancias geográficas insuperables. Sin embargo, fue feliz otros treinta y dos años. En la vejez, su sabiduría se redujo a la certeza de que la materia está llena de pájaros y de que éstos tienen caminos innumerables. De ahí las infinitas posibilidades de olvido.





**HISTORIA DEL AZACUÁN  
QUE DERRIBÓ EL GRANIZO**



**E**n los antiguos mapas de la materia los caminos de los pájaros eran innumerables. Pero los grandes inventos de la época del vapor modificaron los conceptos del movimiento mecánico y volvieron el mundo más complejo. La traslación en el espacio dependió entonces de ecuaciones, artefactos inflados y otros recursos de la inteligencia destinados al olvido. Así ya no era posible que en el lapso de una vida un hombre coincidiera dos veces con el mismo pájaro. Eso fue lo que ocurrió cuando una concatenación de sucesos fortuitos hizo que un azacúan se extraviara en el cielo de 1948. Pertenecía a la variedad puntual que antes y después de las lluvias se movía en la franja del Trópico de Cáncer y hacía escala en el Usumacinta. Miles de ejemplares paraban allí en mayo y en octubre a comer pescados muertos. Aquel año, a mitad del trayecto entre el Vértice de Campeche y la vertiente norte de la Sierra de Chuacús, el pájaro zaguero se retrasó más de la cuenta y perdió de vista al resto en un nubarrón frío. Era una tormenta de granizo que lo forzó a perder altura y terminó por derribarlo. Cayó a las cuatro de la tarde en el patio de una casa de la ciudad de Cobán, Alta Verapaz, entre los lazos de tender ropa y los rosales.

Era un caserón de esquina, en la calle del Calvario y callejón del Rastro, cuyos tejados mayores estaban recubiertos por una gruesa costra de estiércol de clarinero; en la cumbre del frente había un gallo de hojalata gobernado por los vientos, hecho en 1916. El portón de la entrada daba a un zaguán empedrado, y en el interior había patios viejos de rosales donde el tiempo era obra de otros pájaros. Allí vivía un fabricante de hielo que había quebrado en 1930, a causa de las leyes del mercado mundial. En la vejez, su oficio era hacer viajes expresos en un carro de alquiler y construir por encargo globos de papel periódico que se elevaban a base de aire calentado. Con él vivía un nieto único —que llamaban Mix por el color de los ojos—, a quien el trato con la aerostática le había hecho nacer la inquietud por explicarse el movimiento de la materia. Por esa época ya había descubierto que el tiempo en la infancia dura más y se mide en acontecimientos: los días de granizo, las llegadas del circo, los meses de azacuanes. Sabía que el tiempo de los árboles de naranja se mide en ciclos de pájaros; y que el tiempo de los pájaros, a su vez, se mide en hechos gratos de la materia. Cuando el Mix nació, cierto Chrysler de alquiler, modelo 1929, fue arrumbado inservible en un traspatio de la casa. A los nueve años de edad descubrió los restos del artefacto en un garage clausurado. Estaba lleno de mariposas y quiebracajetes que habían brotado en el motor llovido.

---

La tarde en que el granizo de octubre derribó al pájaro en el patio, el Mix comprendió que se trataba de un nuevo hecho irrepetible de la materia, y lo atrapó con un canasto. Al cogerlo con las manos vio que era un ejemplar adulto, de cabeza rugosa y timone-  
ras deflecionadas por el aguacero, cuyos chillidos recordaban la estática de la atmósfera. Su olor a intemperie reciente, sus ojos de navegante y su aire desmemoriado revelaban la relación de movimiento que mantenía con la realidad. Estaba cundido de piojillo, y al soplarle el plumón resultó que tenía la pechuga partida por un escopetazo. La herida de perdigón era profunda y dejaba ver en parte el hueso de la quilla. En los bordes, las escoriaciones provocadas por la munición menuda y por el fogonazo de la pólvora se habían engusanado. Era sin duda un azacuán, porque a pesar de estar tullido pegaba aletazos que dolían.

El Mix nunca supo con certeza si en realidad se trataba de un ejemplar de esta especie, ya que el mundo es complejo y el tiempo humano es breve. En la edición de 1940 del *Diccionario Espasa-Calpe* aparecían el nombre y la descripción del pájaro —junto a ilustraciones de globos aerostáticos, locomotoras de vapor y otras máquinas anticuadas—, aunque los datos del libro no siempre coincidían con los de la realidad. Sin embargo, a quien entonces le bastaba el conocimiento de un solo pájaro para captar una ley de las cosas, retener por más tiempo al azacuán le pareció innecesario. A fin de que se fuera le desgusanó la herida con una pluma empapada en creolina, le extrajo el perdigón y colocó en su lugar las astillas del hueso averiado. Pero en esas circunstancias el mundo era insuperable para el pájaro y no podía irse. Su habitación provisional fue a partir de ese día un jaulón del traspatio que se llovía en invierno.

Al mes de estar en tierra el azacuán era un bolsón de huesos y pellejo que olía a pescado seco. Muy lejos habían quedado los días en que para descender hasta los bosques lluviosos de las Varapaces, primero planeaba describiendo círculos, siguiendo el rumbo que marcaban los chillidos y los aletazos de riña de los otros, para luego frenar con una brusca contracción de las plumas mayores. Ahora, el mal escopetazo le había desgobernado el mecanismo del vuelo, precisamente al romperle el órgano que convierte la energía muscular en movimiento mecánico. Varado literalmente entre el estiércol viejo de anteriores aves de engorda e incapaz siquiera de evitar que las hormigas recortaran la pelusa nueva de los cañones de sus plumas, se negaba a comer, y a la hora del calor acezaba sofocado por

---

la ingratitud del aire. Sus ojos, no obstante, se mantenían con luz, y su memoria estaba intacta. Cada suceso de la atmósfera y cada acontecimiento del tiempo eran registrados por sus sentidos alertas. Presentía el aguacero mucho antes que en el barómetro ascendiera la columna de mercurio y adivinaba el rumbo de las pericas con sólo oírlas al vuelo. El mismo instante en que lo echaron en la jaula tuvo noción precisa de la posición del norte astronómico. Una sola estrella bastaba por las noches para indicarle la situación de las Osas.

Su condición de paraguas desvarillado se agravó con los días. En diciembre metieron a la jaula un gallo colorado. Era de cresta gruesa y espolones romos, y cantaba cada vez que por la noche entraba el carro de alquiler e iluminaba el zaguán con los faros. Estos desórdenes en el horario de la vigilia desorientaron al pájaro, y en las noches de estrellas se le oía aletear como si quisiera irse. Por esos días, además, volvió a dolerle el anzuelo de un pescado del Usumacinta que tenía ensartado en el buche. Se lo había tragado durante la creciente de octubre de 1946, y el aguzado objeto iba a sobrevivirlo. Un hombre en un río, a la vuelta de los años, habría de pescar una vez más con él para que se cumpliera el orden de la vida.

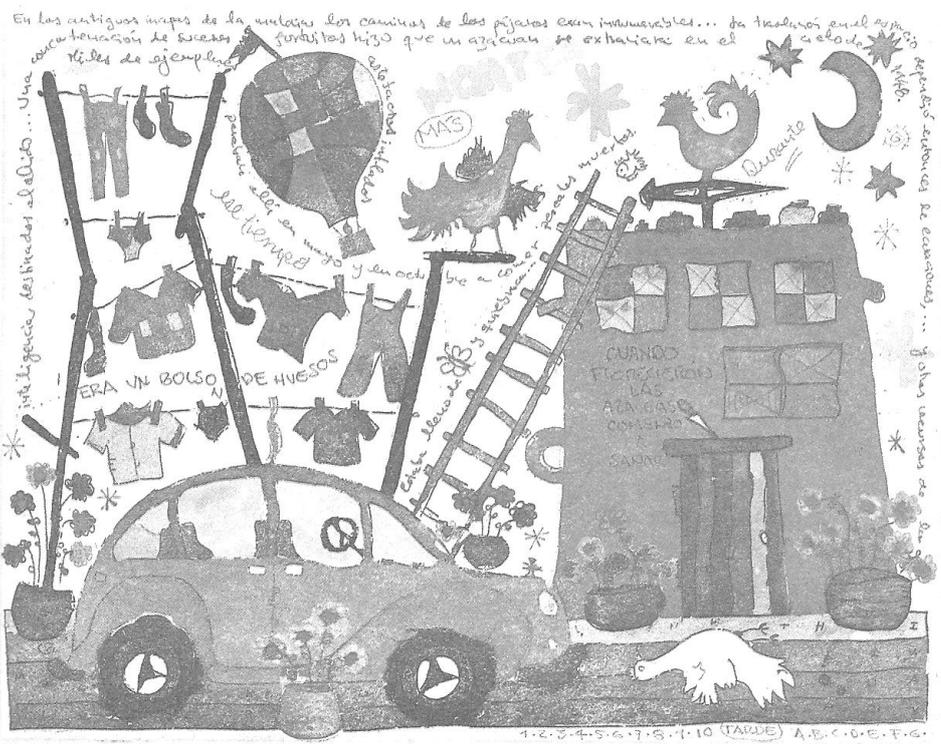
En mayo sus sentidos estuvieron especialmente vigilantes. Sabía que en los almanaques de la especie había llegado el tiempo de regresar, puesto que al anochecer las Osas aparecían altas en el horizonte. El viejo impulso de partir lo mantenía sincronizado con los acontecimientos de arriba; pero los huesos que le permitían flotar en el espacio y los órganos para el movimiento de que estaba provisto no lograban vencer la gravedad. La tarde en que los caminos del aire se llenaron de cagaditas y aletazos lejanos intentó un aleteo potente, como para levantar vuelo; pero sólo consiguió rebotar torpemente en el cedazo de la jaula y provocar un inútil revuelo de plumas en el interior. Más tarde sobrevino un aguacero torrencial que dejó limpio el mundo. Al escampar, la tarde se llenó de zomposos de mayo. Eran los mismos insectos de que se alimentaba durante sus escalas en las sierras nubladas, y con ellos sació el hambre atrasada. La ley de la vida le había enseñado que las alternativas de la felicidad dependen con frecuencia de las cosas del buche. A finales de mes quedó solo en la jaula y se normalizaron de nuevo sus horarios. Cuando florecieron las azaleas comenzó a sanar.

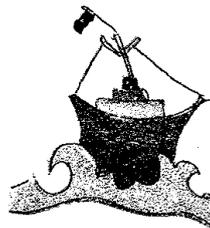
Desde entonces su ser experimentó mutaciones felices. Durante la postración el pellejo se le había vuelto transparente y podían verse sus órganos a trasluz. Los domingos, el Mix entraba a la jaula

para medir su disposición de vuelo. Lo hallaba tan ingrátido que lo creía en condiciones de partir y lo lanzaba al espacio. Aunque no se hallaba en capacidad de volar, el pájaro estaba hecho de materiales tan leves y tan bien dispuestos en el conjunto, que de todas maneras caía sin precipitación. Al desplegarse por reflejo en el aire, las plumas caudales bastaban para hacer resistencia en la caída. Pero a partir del aguacero recobró gradualmente el peso y las funciones corporales. Los zompopos de mayo fueron procesados en el buche y la sabiduría de sus órganos los transformó en energía. A semejanza de los cohetes de vara, los huesos largos de sus patas volvieron a almacenar combustible para el movimiento. A su tiempo, también, la astilladura de la quilla pegó con la solidez debida. Y al insertarse en su puesto, los músculos que gobernaban sus poderosas remeras le permitieron nuevamente ejercitar las alas. En agosto recobró por completo sus antiguas facultades. Entonces fue capaz de establecer con total exactitud la localización de la banda en los mapas de la vida.

Por esos días se fue el Mix de la casa. Así tenía que ser, ya que para comprobar la brevedad del tiempo humano es necesario darle la vuelta al mundo cuando menos una vez. En la memoria se llevó el azacuán, el granizo y el circo, puntos de referencia que le permitieron recorrer la materia sin extraviarse. Antes de partir dejó abierta la jaula. Lo hizo para que el pájaro se fuera cuando llegara la hora y completara el ciclo del olvido. No volvería a ver otro azacuán, ni habría sido bueno, porque los grandes hechos gratos, al repetirse, pierden validez como nortes del espíritu.

A partir de esa fecha el azacuán quedó librado a su suerte. A las horas de sol, en un resquicio del muro comenzó a asomarse una lagartija. Tenía por función medir el tiempo que faltaba para que el interior llovido de la jaula —cuando ya el pájaro no estuviera—, se llenara de mariposas y quiebracajetes. En septiembre, en efecto, los huesos del azacuán se llenaron de amor, y pasaba las noches desvelado por el reloj de las Osas. Afortunadamente, el mundo está hecho de fragmentos unidos por un mismo hilo, y el cielo de 1949 se pobló una vez más de pájaros que iban: los seres hechos para el aire deben agotar la existencia en la peripecia efímera de sus días. Había llegado el tiempo de volver al viejo espacio de zepelines y mirlos.





**HISTORIA DE LA BOA RATONERA  
QUE NO SINTIÓ PASAR EL TIEMPO**

---



Un escándalo de urracas por el lado del sur despertó a mediodía a la boa ratonera. Seis meses antes, al llegar las grandes lluvias, se había comido tres ratones, y desde entonces permanecía enroscada en el tapanco de una vivienda abandonada en la selva. Su piel estaba recubierta por una costra de estiércol viejo de pájaro y a su alrededor ya tenían un palmo los retoños del maderamen llovido. La causa del bullicio eran dos cazadores. Venían precedidos por un perro huellero y al entrar a la vivienda colgaron de una horqueta las escopetas de tubo y los morrales. Seguidamente comenzaron a raspar con machete los horcones florecidos. Hablaban algo de pólvora y perdigones y parecían pendientes de lo que ocurriera al norte.

La sabiduría de la boa la hizo ponerse en movimiento. Imperceptiblemente se deslizó hacia el horcón del poniente y los gorriones del techo volaron asustados en todas direcciones. Bajó por la pilastra, describiendo la espiral de las serpientes en el árbol de la vida, hasta el patio enmontado de quiebracajetes. En la luz de febrero seguían varados un reloj sin agujas y el almanaque de pared de la *Farmacia Klée*, de la 18 calle y novena avenida, cuya cuenta del tiempo se había quedado en marzo. Una familia de monos, en completo silencio, presenció desde los árboles lo que estaba ocurriendo. Era dos de febrero de mil novecientos cuarenta y siete.

Al internarse en la selva revisó uno a uno los acontecimientos del invierno. Todo permanecía como lo había dejado, salvo la obra del tiempo. Ahí estaba el zapote que hizo resonar el silencio del bosque, una madrugada de julio, al caer desde lo alto después del aguacero. Su materia pasajera se había descompuesto en la alquimia de la luz y el amoníaco, pero su fórmula exacta continuaba en la semilla. A la vuelta de veinte años, un fruto igual iba a caer del árbol nuevo —en el mismo lugar y en el mismo minuto—, para que se cumpliera el orden de las cosas. En la quebrada siguiente, las huellas del mapache que había estado allí en julio seguían intactas en la arena; las señales decían claramente su rumbo y sus propósitos. El pez que se iba a comer en aquel punto, el próximo equinoccio, nadaba aún río abajo, hacia el Vértice del Usumacinta; pero entre ambos no habría interferencias. El derrotero viejo de los loros iba al norte como siempre.

En el interior de un ámbito de mariposas sintió la presencia de alguien y levantó la cabeza. Arriba, entre la luz, el techo de la selva estaba agobiado por una floración temprana de primavera. Hacia el sur, en efecto, presintió su jubilosa estrategia transparente. Aunque

aquella no era señal de peligro, de todas formas se detuvo. Treinta años antes, en una encrucijada similar de febrero, había visto por vez primera a los hombres. Abrían brecha en la selva para que pasara el arria de mulas y se habían detenido bajo un árbol con loros. Uno de ellos se hizo fotografiar frente al tronco barbado por los diluvios. Quedó en la imagen instantánea con el casco de corcho y la guerrera manchados por los residuos de la realidad, aturdido por el grato bullicio del Nuevo Mundo. Era un geógrafo europeo que viajaba por los trópicos, tratando de reconstruir el trayecto del sol a lo largo del año. Uno de sus objetivos consistía en medir la intensidad de la luz en las desordenadas estaciones de esta parte del globo. Había oído el canto de los guácharos en una cueva del Orinoco y había estado en la soledad sin pájaros del Chimborazo, extrañándose mil veces en los caminos del verano. Para entonces había establecido que el granizo es una afortunada ecuación de la materia; que el hallazgo de un solo quiebracajete vale la vida de un hombre y que la paciencia humana es mayor que la codicia de los viejos árboles de zapote.

Estas verdades generales no le bastaban al geógrafo ilustrado. Desde la juventud lo había desvelado la relación que existe entre la felicidad humana y los modernos avances de la mecánica, y a los treinta años concebía el mundo como flor y como invento. En un texto de juventud, titulado *Fragmento sobre el universo, la matemática y los pájaros*, había resumido las principales conclusiones a que había arribado. Su afirmación inicial era que la materia no es el mar fosforescente, ni el cielo de la anticuada pirotecnia de diciembre, ni las tormentas de mariposas de la primavera, pues la esencia de todo esto sólo es posible captarla en intuiciones de caballo. La materia, para él, eran los fragmentos diáfanos de las cosas que se hallan al alcance del conjunto de artefactos felices, a través de los cuales el entendimiento ha logrado darle cierta condición de flor al universo grosero de las moscas y las ecuaciones. El mar, según su razonamiento, tiene algo de arpa bien temperada —y es en esa medida comprensible—, sólo allí donde el agua está llena de la bulla de los barcos de vapor. Consideraba que las obsesiones de las caracolas, como expresión espontánea del océano, son la forma material más antigua del olvido y, por lo tanto, la negación pura del conocimiento. Algo similar decía en relación al cielo del Pescado y las Osas, al cual ya sólo los pájaros miran para orientarse. El que lograba explicarse es el que está situado apenas más arriba de las begonias y la ropa tendida de las azoteas, ya que cualquier mañana era posible

encumbrarse hasta el mismo, en un simple aeroplano de pedales y alerones manuales. Explicaba cómo la zona tórrida se le había revelado en lo que tiene de invariable, un domingo de bandas y rehiletos en el zoológico de Amberes, al detenerse frente a la jaula grande de los pájaros del trópico. Allí había visto arder en su pureza el modelo de los fuegos de artificio, pues los tucanes fugaces son cohetes coloridos, las cacatúas blancas, amarillas y rosadas son petardos de luces y los guacamayos son bengalas matinales. Otra cosa, según él, era que uno no supiera orientarse en la materia. El trapecio, las marquetas de hielo y en general los objetos tangibles, decía, están contruidos de números, y los hombres no han hecho sino medir el mundo de diversas maneras, cuando de lo que se trata es de fundar la ciencia de la felicidad. De acuerdo a su teoría, el amor que consume en una vida el corazón humano es más en términos de energía que el carbón que necesita en el mismo periodo una locomotora de vapor. Partiendo de ecuaciones similares sería fácil calcular, por ejemplo, la cantidad de felicidad concreta que es posible para un hombre un día equis de marzo o en un punto cualquiera entre Bristol y Marigalante. De otra manera, agregaba, la condición humana sería semejante a la de las ballenas francas que andan siempre bajo el mar, con nostalgia del aire de los dirigibles. Según lo que había visto, el universo es triste porque sus caminos están vedados a los pájaros. Decía que Tycho Brae nunca pudo explicarse qué buscaba en la eternidad el grajo del que en 1602 sólo quedaba el esqueleto en el espacio, desarticulado ya por las atrocidades de la matemática de arriba. Por ello consideraba que para quienes viven circunscritos a un espacio limitado, la felicidad depende de sus vicisitudes con los grandes inventos de la locomoción. A los ocho años había presenciado el acontecimiento que lo llevó a atravesar la materia: los tripulantes de globos que regresaban a tierra con la gorra blanqueada por cagaditas de mirlo. Más tarde, sin embargo, había comprobado que la traslación mecánica en el espacio genera en el espíritu prisas de índole más compleja que no logra saciar el movimiento. Por eso consideraba que el único mapa posible para un hombre es el de sus primaveras. Sus huesos hechos para el movimiento habían registrado con exactitud la intensidad de la luz en las grandes esquinas transparentes: la de Juárez y San Juan de Letrán, la que forman la Bolsa y una calleja con olor a bodega de barco, en el centro de Bruselas, y la esquina de Nassaukade, donde al volver del Nuevo Mundo habría de ver una vez más las gaviotas hambrientas, desorientado todavía por los

---

cambios de horario. Pero a la vez sabía que la nostalgia terrestre se da en proporción directa a la fluidez de la materia. En Berlín había conocido un elefante desafortunado que envejecía pensando en las nieves del Kilimanjaro y en el zoológico viejo de La Habana había visto un albatros enorme, originario sin duda de latitudes nubladas, que languidecía entre restos de bananos asoleados. Su amor por la materia, bien miradas las cosas, provenía de la ruidosa mañana de la niñez en que al llegar a una esquina de tranvías con campana, había visto por primera vez el carruaje del hielo, tirado por dos percheros lanudos que echaban chorros de vaho por las narices. Desde entonces tenía la certeza de que el mundo es transparente. Ahora sabía que éste únicamente es posible para el pensamiento como geranio y como invento.

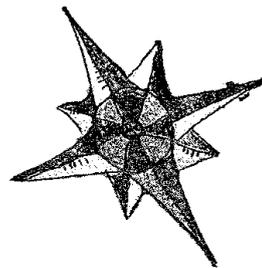
Esta vez, sin embargo, la boa ratonera no encontró al geógrafo atribulado. Treinta años suelen ser demasiado para el tiempo de un hombre que se mueve en el espacio. No había huellas en el suelo de la selva que indicaran su propósito y su rumbo. La boa estaba en un punto casual del ciclo de primavera y ya no había nadie. Tampoco presenciaria el desenlace de los hechos recientes que se hallaban en curso. De ahí que mientras llegaba la hora de volver al tapanco, se enroscó entre las gambas de un chicozapote. Estaba muy vieja ya para moverse en el espacio de las estrellas y la pólvora.

Los hombres, mientras tanto, reconstruyeron su mundo en aquel claro. Con hojas nuevas de palma repararon los destrozos que el último diluvio había ocasionado en el techo y con vigas de laurel reforzaron los horcones florecidos. A la vuelta de los días transportaron desde el próximo río navegable los enseres útiles para la vida. En los cuatro puntos cardinales colocaron trampas pajareras y fabricaron pólvora y perdigones. En febrero tumbaron la montaña, quemaron al llegar marzo y sembraron en abril. Con las lluvias de mayo germinaron las semillas y en agosto hubo maíz para un año. Entonces colocaron mecanismos de ruido en el espacio sembrado. Sin embargo, las especies depredadoras del cielo eran demasiadas en aquella latitud e hicieron gran perjuicio. En septiembre, los hombres se marcharon otra vez por donde habían llegado. En el momento de partir, una familia de monos los observó desde arriba, en completo silencio. Al internarse en la selva provocaron por el sur un escándalo de urracas.

Desde su sitio del chicozapote la boa oyó el breve bullicio y se puso en movimiento. Faltaba poco para que oscureciera porque los

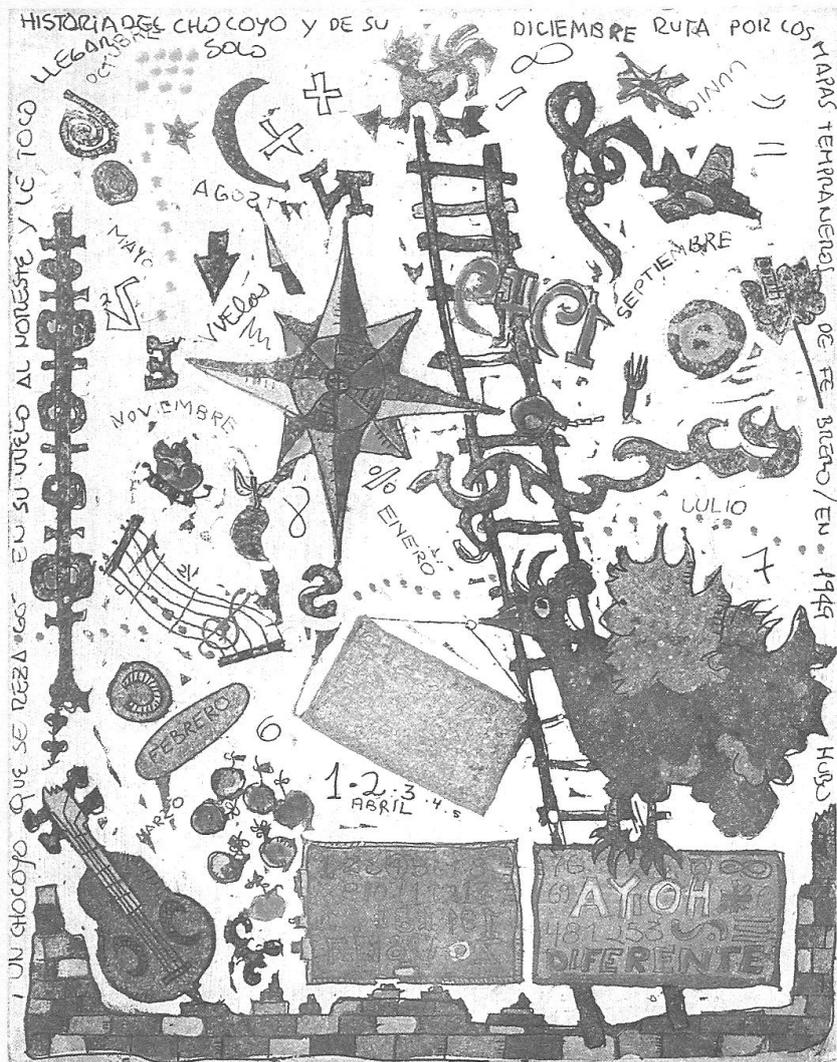
árboles grandes comenzaban a llenarse de pájaros. En su ruta de vuelta a la vivienda vio que todo estaba en orden. El retoño del zapote estaba donde debía y faltaban veinte años para que otro fruto igual cayera a la hora precisa. Las huellas del mapache seguían intactas en la arena; el pez que se iba a comer el próximo equinoccio nadaba aún río abajo, hacia el Vértice del Usumacinta. El derotero viejo de los loros iba al norte como siempre.





**HISTORIA DEL CHOCOYO Y DE  
SU RUTA POR LOS MAPAS  
TEMPRANOS DE FEBRERO**

---



---

**E**n 1949 hubo un *chocoyo* que se rezagó en su vuelo al noreste y le tocó llegar solo a la vertiente florida de febrero. Los enredados mapas de la primavera, propios de la latitud, determinan en el trópico las costumbres anuales de esta variedad de loros; pero, en aquellos años, la realidad era idéntica a sí misma, y el movimiento de los pájaros tenía lugar entonces sin mayores contratiempos. Tres meses antes, en noviembre, los *chocoyos* que solían agruparse en la Barra del Nahualate se habían marchado a sitios más afortunados. Volverían en mayo, cuando el norte se agotara como posibilidad, según los calendarios exactos de su memoria.

Los *chocoyos* son loros diminutos, hechos para el vuelo rápido, por lo cual poseen alas redondeadas y cortas. Sin embargo, sus timones son largos, pues son aves diseñadas para atravesar países tropicales pequeños. De ojos redondos y grandes, dan la impresión de vivir alucinados; mas esto no se debe a que la realidad los haya dejado absortos, sino a que son capaces de abarcarla a un tiempo en mayor magnitud y desde diferentes ángulos. Aseados por stirpe y debido a su vínculo orgánico con el aire, en marzo, sin embargo, se cunden de piojillo, hecho que por esos días explica la inusual inquietud que los caracteriza. La inconstancia en lo que emprenden, por otra parte, tiene mucho que ver con su notable tendencia al desperdicio, pues se calcula que una partida de paso, en una sola mañana, agota por no dejar un cerezo cargado. Por lo demás, los *chocoyos* son aves propensas al bullicio. Su garganta, peculiar de las especies habituadas a comunicarse en el mundo estrepitoso y abundante que habitan, emite ondas acústicas de timbre muy agudo, más parecidas al toque con instrumentos metálicos, en la moderna música sinfónica, que a los solos barrocos con flauta o con oboe. Su algarabía de conjunto, en un árbol de agosto, recuerda los augurios de la obra de Stravinski, los primeros estallidos estridentes y fugaces de la temprana primavera.

Dotados de libertad para contradecir, en alguna medida, el devenir ordenado y circular de las cosas, los *chocoyos* poseen iniciativa limitada. Si aquélla, según afirman, es el conjunto de actos con que se niega lo real en su estructura dada, en general los pájaros se muestran incapaces de mantener dicha negación en forma de obra creada, de negación activa, por lo cual lo que existe se muestra más fuerte que ellos y los instrumentaliza. Y es que pueden, en efecto, contravenir lo dado, pero a un precio de violencia sobre los procesos que, más temprano que tarde, los obliga a dar cuenta de sus actos o a reponer en otra forma los desgastes del todo. En su

vuelo de 1946 hacia el norte, por ejemplo, el *chocoyo* trasladó en sus detritus semillas de caulote, producto de estropicios en árboles de esa especie que crecen a orillas del río Madre Vieja. Años después, pájaros posteriores, de la misma variedad, habrían de alimentarse con los frutos derivados del trasiego fortuito. El sitio exacto donde el desmemoriado depositó los residuos es la desembocadura del río Cahabón, bajo el puente de hierro del desaparecido Ferrocarril de Las Verapaces, el tramo donde la vía desaparece en el olvido de almendros y mariposas.

La última noche que estuvo en la Barra del Nahualate, el *chocoyo* la pasó guarecido en un palo de mango. Era un recinto umbrío, con distintos ambientes, a mediodía fresco y tibio en las madrugadas; sus ramas principales estaban recubiertas por la costra de estiércol de aves innumerables. Ahora, de acuerdo con las leyes exactas de febrero, el árbol circunstancial estaba florecido, y en su interior el tiempo transcurría apacible. En mayo, sin embargo, cuando la estación traía luciérnagas y lluvia, recogerse a su amparo equivalía a prolongar las horas de vigilia. Las veces que al *chocoyo* le tocó entonces guardarse dentro del ámbito viejo, sentía materialmente la maduración del fruto. No era que lo importunara la proximidad del hecho, aun si estaba originado en determinaciones extrañas a su sabiduría, sino que lo inquietaban los trasiegos pertinentes del carbono y el nitrógeno, y la absoluta certeza de que un hecho de más, en el precario equilibrio de lo que ocurría, podría ser suficiente para aniquilarlo. Por ello, de hora en hora, vigilaba alarmado el flujo sigiloso de alimentos subterráneos, la oscura tenacidad con que el árbol nutría sus productos inherentes. La gravedad terrestre atraía la fruta con su imán invisible; pero, invariablemente, los tallos ofrecían proporcional resistencia a la fuerza atrayente, y el desastre se evitaba. Al llegar octubre, empero, las circunstancias registraban mutaciones importantes. Para esas fechas, la obra de los días había corrompido el soporte y, por regla general, a horas impredecibles los mangos se desplomaban, en virtud de su propia madurez insostenible. A cada estruendo en el suelo correspondía entonces un escándalo de loros. Antes del amanecer, algún animal nocturno, devorador de fruta, incorporaba los desprendimientos a otros procesos orgánicos.

La primera mañana de febrero el *chocoyo* partió en dirección al noreste. Iba rumbo a Campur, en la vertiente selvática de la sierra más septentrional de Las Verapaces. Se fue por un cielo limpio, sin pájaros contrarios, y detrás de él, a la izquierda, quedó el grato

mundo en flor del Nahualate. De acuerdo a su derrotero por los mapas más felices que existen, el primer contratiempo era un mar de bananeras, en el cual se iba a orientar por la fosforescencia de los madrecaos, en cuanto siguiera el curso del río Madre Vieja. Era el mismo camino que seguían los *chocoyos* desde los primeros tiempos, la ruta que tomó la partida que lo antecedió en noviembre. La Sierra Madre, al norte, era una barrera azul, remota en el espacio, pero inminente en el tiempo transparente del aire.

A mitad de la mañana, siempre con la luz al este, alcanzó Patulul, al pie de las montañas, y allí efectuó una escala. De entrada se posó en la ceiba crucial desde la que había acceso a los distintos rumbos de la rosa, pues para pasar la sierra los *chocoyos* debían detenerse en aquel punto y medir las mareas de la luz y del aire. Este cálculo se funda en dos grandes certezas de la traslación zoológica en el espacio: la primera es que el ascenso a las cumbres depende de aprovechar, a su debido tiempo, las corrientes de aire cálido que suben a mediodía, mientras por las hondonadas bajan los chiflones fríos que vienen del altiplano; la segunda es que los gases terrestres en expansión son capaces de elevar, a quienes se hallan provistos con huesos llenos de aire, a la región diáfana de las montañas, donde la altura se mide por lo que dura el canto del guardabarranca. A las doce, en efecto, presintió por el sur los torrentes en alza del oxígeno caliente, y extendiendo las alas dejó que se lo llevaran. Para navegar, a partir de ese instante, le bastaba maniobrar con los timones de cola, ya que como barrilete ascendió por la atmósfera, por encima de tramos viejos del ferrocarril florecidos por la selva, arriba de torbellinos fugaces de mariposas, más allá del perenne aguacero de orquídeas que, al despeñarse desde las farallas, originan los ríos. Al llegar a la neblina, en zonas de silencio vedadas a febrero, navegó de memoria, guiándose entre la llovizna por la fulguración de las flores parásitas. Por la tarde, empapado, paró en la antigua montaña de Chicazanga y ahí esperó la noche. En otro tiempo, el cedro en que se posó había sido paraíso rutinario de las especies en ruta; ahora, agotado por la obra del tiempo y los trajines, era un laberinto triste, ajeno al movimiento periódico de los pájaros.

La ruta del *chocoyo* en los mapas de 1949 estaría exenta de peripecias. Al siguiente amanecer lo habrían de orientar cantos remotos de gallo, por el rumbo de Patzún, y al trasponer un filo en su primer vuelo errático iba a salir de la zona nublada, para entrar en el cielo de San Andrés Itzapa; en la mañana del mundo, las re-

giones de granizo del volcán de Acatenango le quedarían a cola. Desde la perspectiva del pájaro en movimiento, el pequeño poblado sería una compleja trama de caminos para bestia y una aglomeración de tejados humeantes, alrededor de la iglesia; en la cumbre de ésta vería un gallo de hierro señalando los rumbos, y su timón entonces apuntaría al noreste. En la planada del Tejar, Pedro Rumpich y sus hijos estarían trabajando en los rastrojos. A las once, a más tardar, llegaría al Motagua, siempre que siguiera el curso del río Pixcayá. En El Chol, probablemente, se vería forzado a emprender con el flujo de la luz y del aire una maniobra similar a la efectuada la víspera, ahora para remontar la Sierra de Chuacús. Si los distintos factores se comportaban como convenía, le darían las doce arriba de Rabinal, en cuya atmósfera iban a estallar fogonazos, seguidos de pequeñas y efímeras nubes negras y luego de los estruendos de los cohetes de vara. Al este, en el tramo carretero que va a San Miguel Chicaj, vería un palo de zum, florecido de amarillo por obra de febrero. Alrededor de las cuatro haría nueva escala en las montañas nubladas de Purulhá, a dos mil metros de altura.

Quizás el único hecho notable de ese día fue una coincidencia feliz de trayectorias. A las siete y quince de la mañana, en una intersección casual de coordenadas, el trayecto del pájaro cortó el de *La Lluvia de Oro*. Era una camioneta Ford 1940, de cigüeña, que salía a las siete en punto de Chimaltenango y llegaba a las tres de la tarde a Guatemala; su estación terminal estaba en El Amate, árbol con clarineros situado hacia el poniente del Fuerte de San José. Esa vez, entre los pasajeros viajaba un escolar de tercer año que iba a seguir la primaria a la capital y, gracias a un telegrama, alguien lo recogería en la acera de enfrente del *Botellón*, en la cuarta avenida y 19 calle. La secuencia temporal habría de consumarse como estaba prevista. A la hora de llegada, un aeroplano amarillo de dos alas estaría trazando, mediante piruetas y humo, anuncios de *Mejoral* en el cielo de la urbe. El escolar ignoraba que a través de aquel viaje había comenzado a darle la vuelta al mundo y que sus rutas y las del *chocoyo* no volverían a cruzarse.

Una vez en el espacio fluido de Alta Verapaz, los caminos del pájaro dependían del viento. Si el tiempo estaba apacible su ruta aproximada sería la de Purulhá a Campur, a través de Tamahú; si lo cogían chiflones variables del Polochic, derivaría al este. Eso le había ocurrido a los *chocoyos* de noviembre. Una corriente fría los agarró en la cumbre y los desvió a Tukurú, dos mil metros abajo. En la fronda de un mangal, por el lado del puente, pasaron algunas

horas, en escala forzosa. Fue un incidente grato porque, de alguna manera, les permitió asistir a la composición de una pieza de marimba. Por esos días, el maestro Rodolfo Narciso Chavarría intentaba hacer música el fenómeno del río. En 1948, la obra eran todavía ecuaciones sin hilo y una serie de incógnitas aún no despejadas de la realidad huidiza. Y era así, por una parte, porque al compositor sólo le era posible capturar la realidad a través de sus propias certezas inmediatas, las cuales difieren mucho del original y son, en definitiva, resumen del modelo; y, por la otra, porque asir lo existente únicamente es factible al captar con el espíritu la totalidad concreta, pero cuando ya no está y es irrecuperable. Lo que el vuelo de *chocoyos* escuchaba desde el árbol, por lo tanto, era el extenuante esfuerzo del maestro Chavarría por traducir a sonidos un río inexistente, un torrente pensado que entonces ya no corría entre flores de pascua y cohunes con garzas, sino en la cámara oscura de la memoria, en el contradictorio laberinto de espejos de la conciencia. Es posible, en efecto, reproducir la lluvia, en la medida en que ésta es un fenómeno actual; pero en tanto que música sólo cobran sentido las lluvias del pasado, los grandes aguaceros que mojaron las begonias e hicieron que el ceniztle se callara en la jaula, para que cuando escampara y el sol saliera de nuevo, rehiciera con su canto la verdad de la vida.

Pero en esta ocasión el camino del *chocoyo* fue la ruta directa. La mañana del cuatro lo halló en el mismo zapote donde, tres meses antes, habían efectuado la parada final sus compañeros. En la rama mayor estaba escrito lo que habían hecho ahí, desde tiempo inmemorial, generaciones sucesivas e incontables de pájaros. Sin embargo, las rutinas de la vida marcan la realidad, pero no prevalecen ante los ciclos de su movimiento. Para cada migración, el árbol ya era otro, era el punto renovado donde acaban los caminos y comienzan otra vez hacia los diferentes puntos cardinales. Ahora estaba en la vertiente florida de febrero, pero ignoraba si en el norte iba a ser afortunado, porque las travesías y todos los posibles mapas de la primavera sólo son un instante, en el inagotable proceso de lo que existe, antes de aniquilarse.

*Río Chixoy, 1976*  
*México, 1986*

## ILUSTRACIONES

- [1] **HISTORIA DE LOS DOS CARTUCHOS Y LOS DOS FAISANES**  
Técnica mixta/papel 19 x 15 cm 1987
- [2] **LOS PÁJAROS DE CHILABASÚN**  
Técnica mixta/papel 21 cm/diámetro 1987
- [3] **HISTORIA DEL MAESTRO MÚSICO QUE TARDÓ TODA LA VIDA PARA COMPONER UNA PIEZA DE MARIMBA**  
Técnica mixta/papel 18 x 13 cm 1987
- [4] **HISTORIA DEL GUACAMAYO QUE SE EXTRAVIÓ EN LA MATERIA**  
Técnica mixta/papel 16 x 13.5 cm 1987
- [5] **HISTORIA DEL AZACUÁN QUE DERRIBÓ EL GRANIZO**  
Técnica mixta/papel 15 x 19 cm 1987
- [6] **HISTORIA DE LA BOA RATONERA QUE NO SINTIÓ PASAR EL TIEMPO**  
Técnica mixta/papel 15 x 10.5 cm 1987
- [7] **HISTORIA DEL CLARINERO SONTA AL QUE ASUSTARON UNOS COHETES DE VARA**  
Técnica mixta/papel 18 x 17 cm 1987
- [8] **HISTORIA DE LA GAVIOTA DEL GOLFO CUYO ESQUELETO FLORECIÓ EN PRIMAVERA**  
Técnica mixta/papel 15 x 10.5 cm 1987
- [9] **HISTORIA DEL CHOCAYO Y DE SU RUTA POR LOS MAPAS TEMPRANOS DE FEBRERO**  
Técnica mixta/papel 15 x 11.5 cm 1987